

The background of the cover is a black and white photograph of a weathered wall with three small, rectangular windows. In the foreground, the dark silhouettes of several people are visible, their heads and shoulders partially obscuring the wall. The overall mood is somber and evocative.

RUDYARD KIPLING

*El mejor relato del mundo  
y otros no menos buenos*

SELECCIÓN Y PRESENTACIÓN DE  
W. SOMERSET MAUGHAM

Rudyard Kipling no escribió más que una novela, y ni siquiera la escribió solo, sino en colaboración con su cuñado y agente, Wolcott Balestrier. No obstante, los relatos que escribió se cuentan por centenares, y entre ellos hay un puñado digno de figurar por derecho propio en las antologías más exigentes del género.

Los cuentos de Kipling son, como quiere Ricardo Piglia, cuentos con lomo y con vientre, cuentos de doble lectura. Encierran a veces toda una literatura posterior; así, leyendo determinados cuentos de este volumen, se entiende mucho mejor de dónde viene y cómo funciona Borges. La exquisita selección de Somerset Maugham, que tuvo trato de aprendiz con el maestro Kipling, hace justicia a su talento: contiene una muestra de lo más granado de sus cuentos, entresacados con tino de tan amplia producción. Entre ellos se encuentra «El mejor relato del mundo», cuento de calidad imposible que da nombre a este volumen, y bastantes más que rayan a una altura equiparable, sin contar otros que se hallan incluso por encima.

Va siendo hora de desmontar los estereotipos de escritor imperialista, misógino y «disneyizado» que encorsetan a Kipling. Esta muestra es pretexto perfecto para llevar a cabo esa operación con verdadero disfrute lector.

## Introducción

### WILLIAM SOMERSET MAUGHAM (1952)

En este ensayo me ocuparé solamente de los relatos de Rudyard Kipling. No son de mi incumbencia sus versos, como tampoco lo son, salvo en la medida en que a veces afectan de manera directa a los relatos, sus opiniones políticas.

Al hacer esta selección he tenido que decidir si debería guiarme sólo por mi propio criterio e incluir aquellos que más me gustan. En tal caso, habría elegido la práctica totalidad de los cuentos de la India, ya que en ellos, a mi entender, Kipling da el máximo. Cuando escribió relatos sobre los nativos de la India y sobre los británicos en la India, se sentía literalmente a sus anchas y escribió con una facilidad, con una llaneza, con una libertad, con una inventiva tales que les prestan una calidad que no siempre supo alcanzar en los relatos en los que trata de un material narrativo diferente. Incluso los más livianos son legibles sin problema. Plasman el sabor de Oriente, el olor de los bazares, el languidecer de las lluvias, el calor de la tierra que abrasa el sol, la ardua vida de los barracones militares en los que estaban acuarteladas las tropas de ocupación, así como esa otra vida, tan inglesa, a la par que tan ajena a lo genuinamente inglés, que llevaban los oficiales, los civiles indios, el enjambre de oficiales de rango menor que combinaban sus esfuerzos en la administración de tan vasto territorio.

Hace ya muchísimos años, cuando Kipling aún gozaba de su momento de máxima popularidad, con cierta frecuencia encontraba yo a civiles indios y a profesores de las

universidades de la India que hablaban de él con algo muy semejante al desprecio. En parte se debía a unos celos innobles, pero en el fondo naturales. Molestaba que un periodista anodino, de poca o nula trascendencia social, se hubiera forjado un renombre mundial. Protestaban porque no conocía a fondo la India. ¿Y quién entre todos ellos la conocía? La India no es un país, sino un continente. Es verdad que Kipling parece haber tenido tan sólo un conocimiento íntimo de la región del noroeste. Al igual que cualquier otro escritor sensato, situó el desarrollo de sus relatos en la región que mejor conocía. Sus críticos angloindios le echaban en cara que no se hubiese ocupado de tal o cual asunto, que para ellos tenía particular importancia. Su simpatía estaba por lo común del lado de los musulmanes, más que de los hindúes. Se tomó un interés a lo sumo pasajero y superfluo por el hinduismo, por la religión que tiene tan hondas raíces y tan gran influencia en la inmensa mayoría de la ingente población de la India. Había en los musulmanes cualidades que despertaron su admiración: rara vez habló de los hindúes con aprecio verdadero. No parece que nunca se le ocurriese que entre ellos había eruditos contrastados, científicos distinguidos, filósofos capaces. Para él, por ejemplo, el bengalí era un cobarde, un atolondrado, un fanfarrón, que propendía a perder la cabeza en cualquier situación de emergencia y que se escaqueaba de sus responsabilidades. Es una lástima, aunque Kipling estaba en su derecho —como lo está cualquier escritor— de tratar aquellos asuntos que más le atrajeran.

Sin embargo, tuve la sensación de que si en este volumen me circunscribiese a los relatos de la India, nunca daría al lector una justa impresión del muy variado talento de Kipling. He incluido, por tanto, unos cuantos relatos que se desarrollan en un ambiente inglés, y que han sido objeto de amplia admiración.

No tengo la intención de dar aquí más detalles biográficos que los estrictamente útiles, a mi entender, para la con-

sideración de sus relatos. Nació en 1865 en Bombay, donde su padre era profesor de escultura arquitectónica. Tenía poco más de cinco años cuando sus padres lo llevaron junto con su hermana menor a Inglaterra, donde los colocaron con una familia de acogida, en cuyo seno, debido a la hosquedad y a la estupidez de la mujer que los cuidaba, fueron ambos muy desdichados. El chiquillo infeliz fue víctima de inquinas, abusos y palizas. Cuando al cabo de unos años su madre volvió a Inglaterra, quedó hondamente contrariada por lo que descubrió, y se llevó a las dos criaturas. A los doce años Kipling fue enviado interno a un colegio de Westward Ho. Se llamaba United Services College, y había sido fundado poco antes para proporcionar una educación no muy costosa a los hijos de los funcionarios que se preparaban para ingresar en el ejército. Eran unos doscientos internos, alojados como un rebaño en una hilera de casas de hospedaje. Cómo fuera realmente este establecimiento educativo es algo que nada tiene que ver conmigo; aquí me interesa solamente el retrato que Kipling ha pintado de él en una obra de ficción a la que puso por título *Stalky & Co.* Rara vez habrá pintado nadie un cuadro más aborrecible de la vida escolar. Con la excepción del director y el capellán de la institución, los profesores son representados como seres salvajes, brutales, intolerantes, sectarios e incompetentes. Los alumnos, presuntos hijos de caballeros, carecen de la decencia más instintiva. A los tres muchachos de los que se ocupa Kipling en estos relatos les pone por nombres *Stalky*, *Turkey* y *Beetle*, es decir, «el que acecha», «el pavo» y «el escarabajo pelotero». *Stalky* es el cabecilla. Es en todo momento el ideal que tiene Kipling del soldado y caballero galante, ingenioso, sobrado de recursos, aventurero, animoso. *Beetle* es el retrato que hizo Kipling de sí mismo. Los tres hacen gala de un humor peculiar, con bromas de mal gusto y en ocasiones desagradables, por no decir singularmente repugnantes. Kipling ha narrado sus aventuras con un ímpetu tremendo. Es de justicia reconocer

que los relatos están contados con tal brillantez que, aun cuando nos pongan la carne de gallina, cuando uno ha empezado a leerlos no los deja hasta el final. No me habría detenido en ellos si no fuera para mí clarísimo que las influencias a las que Kipling estuvo expuesto durante los cuatro años que pasó en el que él llamaba «el Coll» terminaron por apoderarse de él de un modo tal que ni a lo largo de toda su trayectoria las llegó a superar. Nunca fue del todo capaz de librarse de las impresiones, los prejuicios y la pose espiritual adquiridas entonces. En efecto, ni siquiera hay indicios de que aspirase a dejar todo aquello atrás. Conservó hasta el final su afición a lo brusco y lo turbulento, a las gamberradas en las que se hiciera sudar la gota gorda a alguien, el gusto por las bromas pesadas de los adolescentes. No parece que nunca se le pasara por la cabeza que el colegio en cuestión era muy de tercera fila, que aquellas baladronadas estaban fuera de lugar en cuanto traspasara sus muros o que sus compañeros fueran una pandilla de cuidado. De hecho, cuando fue a visitarlo años después escribió una crónica con cierto encanto, en la cual rinde un homenaje sentido, y de campanillas, al viejo disciplinario al que tuvo en sus tiempos por director, expresando además su gratitud por los grandes beneficios que se le hicieron extensivos durante el periodo en que vivió y estudió bajo su vara rigurosa.

Cuando a Kipling le faltaba poco para cumplir los diecisiete, su padre, que era entonces responsable del Museo de Lahore, le encontró trabajo como adjunto a la dirección del periódico inglés, *The Civil and Military Gazette*, que se imprimía y distribuía en esa ciudad. Dejó el colegio para regresar a la India, cosa que sucedió en 1882. El mundo en que ingresó era muy distinto del mundo en que vivía. Gran Bretaña estaba en pleno apogeo de su poder imperial. Un mapa del mundo mostraba en rosa amplios segmentos de la superficie terrestre sujetos a la soberanía de la reina Victoria. La madre patria era inmensamente rica. Los británicos

eran los banqueros del mundo. El comercio británico colocaba sus productos en los puntos más remotos del globo, y su calidad por lo general se consideraba superior a la de los fabricados en cualquier otro país. Reinaba la paz en general, excepción hecha de alguna que otra expedición de castigo. El ejército, si bien no muy numeroso, gozaba de confianza en sus fuerzas (a pesar del revés sufrido en Majuba Hill)<sup>[1]</sup> y parecía seguro de aguantar por sí solo contra cualquier fuerza que pudiera desencadenarse en contra de sus intereses. La marina mercante británica era la mayor del mundo. En cualquier deporte, los británicos eran superiores a los demás. Nadie podía competir con ellos en los deportes que practicaban, y en las clásicas de hípica era prácticamente inaudito que un caballo de cualquier país extranjero pudiera imponerse a los suyos. Parecía que nada pudiera cambiar jamás una situación tan feliz en todos los sentidos. Los habitantes de «estas nuestras islas», como eran llamadas entonces, confiaban plenamente en Dios, y éste, según se les había asegurado, había tomado el Imperio Británico bajo su especial manto. Es cierto que los irlandeses empezaban a dar la lata. Es cierto que los obreros de las fábricas estaban mal pagados, y que trabajaban en exceso, a veces hasta caer reventados. Pero ésas parecían consecuencias inevitables de la industrialización del país; no había nada que hacer a ese respecto. Los reformistas que trataron de mejorar lo que les había tocado en suerte fueron tenidos por alborotadores y revoltosos. Es cierto que los trabajadores del campo vivían en chabolas miserables y que ganaban unos jornales penosos, pero las muy caritativas esposas de los terratenientes y hacendados los trataban con amabilidad. Eran muchas las que se ocupaban del bienestar moral de sus aparceros, a los que obsequiaban caldo de carne concentrado y gelatina de manos de ternera cuando estaban enfermos, además de enviarles ropa para sus hijos. Se decía que en el mundo siempre hubo ricos y pobres, que

siempre los habría, y de ese modo parecía quedar zanjada la cuestión.

Los británicos viajaban en abundancia por el continente europeo. Acudían en tropel a los lugares considerados más saludables, como Spa-Francorchamps, Vichy, Homburg, Aix-les-Bains y Baden-Baden. En invierno iban a la Riviera. Se construyeron villas suntuosas en Cannes y en Montecarlo. Se erigieron hoteles enormes para darles alojamiento en temporada. Tenían dinero a espuestas y lo gastaban con liberalidad. Tenían la sensación de ser una raza aparte, y nada más poner pie en Calais se les metía en la cabeza que se encontraban entre indígenas, no indígenas como pudieran serlo los indios o los chinos, por descontado, pero indígenas pese a todo. Sólo ellos se aseaban, y las bañeras portátiles con las que a menudo viajaban eran prueba tangible de que no eran como los demás. Eran saludables, atléticos, sensatos, y eran en todos los sentidos superiores al resto de los seres humanos. Como disfrutaban de sus estancias entre nativos cuyas costumbres eran curiosamente ajenas a lo inglés, y pese a considerarlos frívolos (caso de los franceses), perezosos (los italianos) y estúpidos, aunque graciosos (los alemanes), con la bondad de corazón que les era connatural les tenían aprecio. Nunca se les metió en la cabeza que la cortesía con la que eran recibidos, las reverencias, las sonrisas, el deseo de complacerles, se debieran a su generosidad en el gasto, ni que a sus espaldas los «nativos» se mofaran de ellos por su tosquedad en el vestir, su tendencia a embobarse con nada, sus feos modales, su insolencia, su mentecatez al dejarse perpetuamente cobrar más de la cuenta, y a su condescendencia en lo tolerante de su trato. Hicieron falta guerras y desastres para que empezaran a caer en la cuenta del enorme error en que habían incurrido. La sociedad angloindia en la que fue introducido Kipling cuando se reunió de nuevo con sus padres en Lahore compartía en su totalidad la prepotencia y la complacencia de sus semejantes en la metrópoli.

Como su cortedad de vista le impidió entretenerse con los juegos al uso, Kipling aprovechó los ratos de ocio en el colegio para leer muchísimo y para escribir bastante. El director del colegio al parecer quedó impresionado por lo muy prometedor que en este sentido se demostró, y tuvo el buen criterio de darle acceso libre a su propia biblioteca. Allí escribió los relatos que después iba a publicar en forma de libro con el título de *Cuentos llanos de las montañas* cuando tuvo algunos ratos de asueto que le dejaban libres sus deberes como adjunto a la dirección de *The Civil and Military Gazette*. A mi juicio, el principal interés que tienen reside en la imagen que plasman de la sociedad con la cual se las tuvo que ver. Es una imagen devastadora. No hay el menor indicio de que ninguna de las personas a propósito de las cuales se puso a escribir tuviera el menor interés por el arte, la literatura o la música. Parece ser que prevalecía en ese medio social la idea de que había gato encerrado en un hombre que se esforzó lo indecible por aprender cuanto pudo acerca de todo lo indio. De uno de sus personajes escribió Kipling: «Sabía de los indios todo lo que a un hombre le conviene saber». Quien estuviera absorto en su obra parece que fuese entonces considerado con una aprensión considerable; en el mejor de los casos era un excéntrico, y en el peor era un pelma. La vida que describe es de una total vacuidad, frívola. Da miedo contemplar la autosuficiencia de todas esas personas. ¿Qué clase de personas eran? Era gente normal y corriente, de clase media, procedente de familias modestas de Inglaterra, hijos e hijas de funcionarios al servicio del gobierno ya jubilados entonces, de presbíteros, de médicos y abogados. Los hombres tenían la cabeza llena de serrín; los que hubieran estado en el ejército o hubieran cursado estudios universitarios habían adquirido algo de lustre; las mujeres eran en cambio superficiales, provincianas, remilgadas. Pasaban el tiempo dedicadas a vanos flirteos, y su entretenimiento principal parece que consistiera en arrebatarse a un hombre de las garras de

otra mujer. Tal vez, como Kipling escribió en una época de mojigatería indecible, por lo cual siempre tuvo miedo de sorprender en demasía a sus lectores, o como tuvo un rechazo innato a abordar cualquier cuestión relacionada con el sexo, aun cuando en estos relatos no escasean los comportamientos mujeriegos, en muy raras ocasiones se llega al ayuntamiento carnal. Al margen del pie que diesen esas mujeres a los hombres por los que sentían innegable atracción, cuando llegaba la hora de la verdad se echaban atrás espantadas. Eran, en resumidas cuentas, lo que en inglés se describe mediante una grosera palabra compuesta, y en Francia, con algo más de elegancia, llaman *allumeuses*.

Es sorprendente que Kipling, con su presteza mental y su maravillosa capacidad de observación, con sus amplísimas lecturas, diera en fiarse de tales personas y en tomarlas por lo que aparentaban ser. Ciertamente era muy joven cuando escribió *Cuentos llanos de las montañas*, que se publicó cuando tenía veintidós años. Es tal vez comprensible, y natural, que habiendo salido directamente de las brutalidades de *Westward Ho* para llegar de golpe a la nada pretenciosa residencia del responsable del museo de Lahore, se sintiera deslumbrado al conocer de primera mano una sociedad que para su ojo inexperto era el no va más del glamour. Del mismo modo quedó deslumbrado el pequeño Marcel cuando tuvo acceso al exclusivísimo círculo de Madame de Guermantes. La señora Hauskbee no era ni tan brillante ni tan ingeniosa como Kipling habría querido hacernos pensar. Revela su esencial monotonía cuando la hace comparar la voz de una mujer con el rechinar de los frenos de un convoy del metro que llega y se detiene en la estación de Earl's Court. Se nos pide que creamos que era una mujer a la moda. De haberlo sido, nunca hubiera frecuentado los alrededores de Earl's Court, salvo para visitar a una de sus nodrizas de antaño, en cuyo caso nunca hubiera ido en metro, sino en un coche de punto.

No obstante, *Cuentos llanos de las montañas* no sólo versa sobre la sociedad angloindia. El volumen contiene algunos relatos que tratan sobre la vida en la India, y algunos sobre la soldadesca. Cuando se para uno a considerar que fueron escritos cuando su autor todavía era adolescente, o poco más, se nota en ellos un dominio asombroso. Kipling ha dicho que los mejores se los proporcionó su padre. Creo que haríamos bien si atribuyésemos esta afirmación al amor filial. Tengo la convicción de que un escritor en muy contadas ocasiones podrá hacer uso de una historia que se le haya dado preparada de antemano, tan pocas veces, desde luego, como se da el caso de que una persona tomada de la vida real pueda ser transferida tal como es a una ficción, manteniendo por añadidura un aire de verosimilitud. Obviamente, el autor extrae sus ideas de alguna parte; no emanan de su cabeza como Palas Atenea de la de su progenitor, en una panoplia perfecta, lista para ser escrita. Es sin embargo curioso qué pequeña insinuación, qué vaga sugerencia llegan a bastar para dar a la invención del autor el material necesario sobre el cual trabajar, capacitándole, a su debido tiempo, a construir un relato con una disposición apropiada. Tomemos por ejemplo un relato de una época posterior, *La tumba de sus antepasados*. Es muy posible que tan sólo hubiera necesitado un comentario de pasada por parte de uno de los oficiales que Kipling conoció en Lahore, como, por ejemplo: «Qué gracia tienen estos indígenas: había un individuo llamado Tal y Cual que estuvo acuartelado entre los bhili, a los cuales su abuelo había mantenido en perfecto orden durante siglos; pues el abuelo en cuestión estaba enterrado por allí, y se les metió en la cabezota que él era la reencarnación del viejo, por lo que pudo hacer lo que le vino en gana con ellos». Habría sido suficiente para poner en marcha la vívida imaginación de Kipling, para que se pusiera a trabajar en algo que había de ser un cuento entretenido y delicioso. *Cuentos llanos de las montañas* es un libro muy desigual, como de hecho lo fue

siempre la obra de Kipling. Es algo que me parece inevitable en un autor de relatos. Es sumamente difícil escribir un relato; que sea bueno o malo depende no sólo de la concepción del autor, de su poder de expresión, de su destreza en la construcción, de su inventiva y de su imaginación: depende también de la suerte. Es algo parecido a lo del astuto japonés, que toma de su montoncito de aljófares, todos a sus ojos indistinguibles unos de otros, el primero que le viene en gana, y que lo inserta en una ostra sin saber si se convertirá en una perla redonda, perfecta, o en un objeto contrahecho, carente de belleza y de valor. Tampoco es el propio autor buen juez de su obra. Kipling tenía en muy alta estima *La litera fantasma*. Creo que si hubiera sido un artista más consumado cuando lo escribió se habría percatado de que había que decir, agotando el comportamiento del hombre, mucho más de lo que a él se le ocurrió en su día. Es sumamente desafortunado dejar de estar enamorado de una mujer casada, con la que uno ha tenido una relación amorosa, para enamorarse de otra con la cual aspira uno a casarse. Pero son cosas que pasan. Y cuando esa mujer no acepta la situación en que uno se encuentra, si bien lo aborda y lo detiene e importuna, e incluso lo acosa con lágrimas y súplicas, no es antinatural que uno a fuerza de impaciencia termine por perder los estribos. La señora Keith-Wessington es la *crampon* más persistente que ha existido en la ficción, ya que incluso después de muerta sigue asediando al desdichado individuo con su litera fantasma. Lejos de merecer nuestras censuras, Jack Pansay bien merece toda nuestra simpatía. Si un relato ha sido difícil de escribir, el autor fácilmente lo tendrá en mayor estima que otro que ha parecido escribirse por sí solo, y por este motivo a veces se produce un error psicológico en cuya base no repara, llegando a ver algunas veces en el relato terminado lo que vio mentalmente cuando lo concibió, y no lo que ha puesto ante los ojos del lector. No debería sin embargo sorprendernos que Kipling a veces escribiese relatos más

bien pobres, poco convincentes o banales; más bien debería maravillarnos que escribiera tantos que son de una excelencia sin par. Era un hombre de una variedad pasmosa.

En el ensayo que T. S. Eliot escribió a modo de prefacio a una selección de poemas de Kipling de la que se hizo también responsable, parece dar a entender que la variedad no es por cierto una cualidad digna de elogio en un poeta. No seré yo quien se aventure a discutir ninguna opinión de Eliot allí donde esté la poesía involucrada, pero por más que la variedad no sea quizá de mérito en un poeta, sin lugar a dudas lo es en un escritor de ficción. El buen escritor de ficción posee la peculiaridad, en cierto modo compartida por todos los hombres, aunque en él sea más abundante, de no tener solamente un único yo, sino que es una extraña mezcla de varios yoes o, caso de que ésta resulte una manera extravagante de decirlo, de aspectos discordantes de su personalidad. Los críticos no eran capaces de entender cómo un mismo hombre pudo escribir una farsa como *Brugglesmith* y un poema como *Himno de despedida*, acusándolo de insinceridad. Fueron injustos en esto. Fue el yo llamado Beetle el que escribió *Brugglesmith*, mientras fue el llamado Yardley-Orde el que escribió *Himno de despedida*. Cuando la mayor parte de nosotros repasamos nuestra historia, a veces hallaremos consuelo en la creencia de que es uno de nuestros yoes, al que sólo nos cabe deplorar, el que por lo común no en razón de nuestros méritos ha perecido. Lo más extraño de Kipling es que ese yo llamado Beetle, cuya desintegración hubiera supuesto cualquiera que habrían provocado la edad y la experiencia misma de la vida, ha seguido vivo y coleando, con sus fuerzas intactas casi hasta el día mismo de su muerte.<sup>[2]</sup>

De niño, en Bombay, Kipling hablaba con su *ayah* nativa y con los criados el indostaní como si fuera su lengua materna, y en *Algo sobre mí mismo* ha referido que cuando era conducido ante sus padres traducía lo que tuviera que

decir a un inglés defectuoso.<sup>[3]</sup> Cabría suponer que a su regreso a la India recuperó rápidamente su antiguo conocimiento de aquella lengua. En ese mismo libro de memorias ha relatado, en términos que no cabría mejorar, cómo en Lahore encontró los materiales de los que poco después iba a hacer un uso tan eficaz. Como periodista «describí la inauguración de grandes puentes y otros momentos similares, para lo cual debía pasar una o dos noches con los ingenieros; describí inundaciones de la vía férrea —otras noches a la húmeda intemperie, con los desdichados capataces de las brigadas de reparación—; describí fiestas de aldea, con las consiguientes epidemias de cólera y viruela; motines populares a la sombra de la mezquita de Wazir Jan, donde esperaban las tropas con paciencia, tendidas en cercados de madera o en las calles adyacentes, hasta que llegase la orden de ponerse en marcha y golpear al gentío en los pies con la culata del fusil... y los alaridos en la ciudad inflamada, embriagada de sus fanáticas creencias, reducida a la obediencia sin derramamiento de sangre...». A menudo, de noche, «vagaba hasta el alba por los sitios más singulares: tabernas, garitos, cuchitriles donde se fumaba opio, que nada tienen de misteriosos, o visitaba espectáculos difíciles de ver, como los teatros de marionetas y los bailes indígenas, o bien penetraba por las angostas galerías, bajo la mezquita de Wazir Jan, por el mero gusto de ver lo que habría en ellas...». «Y también había noches “húmedas” en el club o en el casino de oficiales, durante las cuales los muchachos sentados a la mesa, medio enloquecidos por el calor, pero con sensatez suficiente para seguir pegados a la cerveza, y con un estómago a prueba de casi todo, procuraban alegrarse y, sea como fuere, lo conseguían... Llegué a conocer a la soldadesca de aquellos tiempos con motivo de mis visitas a Fuerte Lahore y, con menos frecuencia, a los acantonamientos de Mian Mir... Sin las trabas del que posee un cargo oficial, y gracias en cambio a mi oficio, podía desplazarme a voluntad en la cuarta dimensión. Pude

entonces comprobar la verdad desnuda de los horrores de la vida que lleva el soldado raso y los innecesarios tormentos que había de sobrellevar debido a la doctrina cristiana que impone que “el pecado se paga con la muerte”».

En esta selección he querido incluir dos relatos en los que figuran tres soldados: Mulvaney, Learoyd y Ortheris. Han gozado de inmensa popularidad. Creo que para muchos lectores tienen la desventaja de estar escritos en el peculiar dialecto de los propios hablantes. No es fácil decidir hasta qué punto le conviene a un autor avanzar en esta dirección. Es manifiesto que sería absurdo poner a hablar a hombres como Mulvaney y Ortheris en la lengua culta de un profesor del King's College, aunque hacerlos hablar de manera consistente el dialecto que empleaban podría resultar narrativamente muy tedioso. Posiblemente, la mejor solución consista en utilizar algún giro o expresión, la gramática y el vocabulario de las personas implicadas, pero reproduciendo las peculiaridades de la pronunciación con la mayor frugalidad, para no incomodar al lector. No fue ése, sin embargo, el recurso empleado por Kipling. Reprodujo fonéticamente el acento de los tres soldados. Nadie ha encontrado el menor defecto en el acento del condado de York que se gasta Learoyd, corregido por el padre de Kipling, quien no en vano era de York; en cambio, los críticos han sostenido que ni el irlandés de Mulvaney ni el cockney de Ortheris eran del todo genuinos. Kipling era un maestro de la descripción y sabía relatar los incidentes con brillantez, pero a mí no me parece que sus diálogos sean siempre verosímiles.<sup>[4]</sup> Puso en boca de Ortheris expresiones que jamás podría haber empleado, e incluso cabe pararse a pensar cómo demonios pudo dar un personaje así con una cita de *Baladas de la Antigua Roma*, de Macaulay. Tampoco puedo creer que una mujer de tan buena crianza como es la madre del chico de la leña, en el cuento del mismo título, presuntamente hable al hijo, refiriéndose al padre, diciendo «el *pater*». A veces, el lenguaje que emplean los oficiales y